

PROLOGO

Cuando Raúl Salinas Lozano fue sacado de la jugada sucesoria en 1963, uno de sus familiares más afectado fue su hijo Carlos, entonces con apenas quince años de edad. Pero lo peor de todo es que el entonces secretario de Industria y Comercio del gabinete del presidente Adolfo López Mateos realmente no tenía ninguna posibilidad de llegar a la presidencia. La sucesión la tenía garantizada Gustavo Díaz Ordaz, poderoso secretario de Gobernación, operador de la represión sindical y compañero de López Mateos en el Senado. La continuidad presidencial estaba determinada por el factor seguridad interna, la cual estaba ya en manos desde 1954 de cuando menos tres personajes de la línea dura del régimen: Díaz Ordaz, Luis Echeverría y Fernando Gutiérrez Barrios. El problema de estabilidad era justamente la insurrección social y Díaz Ordaz era la solución.

Pero esos días marcaron la conciencia política del adolescente Carlos Salinas de Gortari. Por eso confesó que lo primero que hizo el día en que se dio a conocer oficialmente su candidatura presidencial --el ¿? de octubre de 1987--, fue a ver a Raúl Salinas Lozano para decirle:

--Nos tardamos veinticinco años para llegar, padre, pero llegamos.

Para Carlos Salinas la nominación era muchas cosas, pero sobre todo una carga psicológica: la decisión de ponerse un objetivo y hacer hasta lo imposible para lograrlo. En 1963 la clase política gobernante pasaba por los problemas de siempre, los de la lucha por el poder. Y padecía la infamia de la disciplina. Las disputas por las posiciones eran abiertas y descarnadas, al grado de que el entonces secretario particular del presidente López Mateos, Humberto Romero Pérez, movía hilos para entorpecer el camino de Ordaz. No lo logró, llegó Díaz Ordaz y Romero cayó en desgracia política. Dos secretarios del gabinete con aspiraciones presidenciales perdieron la nominación y pasaron al ostracismo: Salinas Lozano y Javier Barros Sierra, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

En ese ambiente de Shakespeare se educó Carlos Salinas para ser presidente de la república. Por eso su sexenio no fue sólo de seis años. Comenzó a finales de 1979 cuando se convirtió en el pivote del equipo económico del entonces burocrático secretario entrante de Programación y Presupuesto, Miguel de la Madrid, y... no ha terminado aún. Salinas perdió su sucesión, fue perseguido por su sucesor, se autoexilió en Europa, se desmoronó anímicamente por el encarcelamiento de su hermano Raúl pero renació de sus propias cenizas y se perfila como el poder central del PRI para las elecciones presidenciales del 2012.

No ha habido muchos casos similares en la historia política del país. Algunos casos han sido definidos como ejemplos del *necesariato*, dirigentes que se sienten indispensables para el país. A Antonio López de Santa Anna lo animó un país en caos y por eso fue presidente once veces. Benito Juárez no podía vivir sin el poder y también consideró que la república no podía existir sin su presencia. Porfirio Díaz gobernó más de treinta años en función de que, decía él mismo, el país lo necesitaba. Alvaro Obregón se perfilaba para la misma condición pero una bala de un adversario y muchas otras de su propio entorno impidieron una nueva dictadura.

Salinas provenía de esa cepa de políticos del poder y para el poder.

Hay cuando menos tres datos, entre muchos miles, que perfilan al Salinas del poder:

- 1.- Al escuchar al presidente nacional del PRI, Jorge de la Vega Domínguez, decir su nombre como precandidato oficial del tricolor, Salinas le recordó a su padre la espera de un cuarto de siglo para llegar al poder presidencial. Y arribó al poder para usarlo y mantenerlo. Su sucesión presidencial en 1993 fue una operación de continuidad. Y luego del asesinato

de Luis Donald Colosio, Carlos Salinas decidió por Ernesto Zedillo en la misma lógica de la continuidad. Las cosas no salieron como esperaba, pero al final supo tener la paciencia y la fuerza para reconstruirse --primero-- y rehacer su fuerza política --después--. Salinas había esperado veinticinco años pero no para gobernar seis. Y supo tener paciencia para operar su regreso al poder en 2012, otros veinticinco años después de su arribo al poder en 1988.

2.- Ante inversionistas de oriente, hacia mediados del sexenio de Salinas, su subsecretario de Hacienda, José Angel Gurría Treviño, deslizó parte de la estrategia transexenal de Carlos Salinas: el objetivo de dieciocho años en el gobierno, tres sexenios, para consolidar sus cambios. La meta de Salinas era, pues, gobernar hasta el 2006. Por eso escogió a Colosio como su primer sucesor, por eso acotó a Colosio cuando éste quiso regresar al sendero del populismo, por eso decidió por el tecnócrata Ernesto Zedillo y por eso quería establecer una especie de *maximato*, figura política acreditada a Plutarco Elías Calles cuando a la muerte de Alvaro Obregón en 1928 se auto denominó como *jefe máximo de la revolución mexicana* pero en 1932 fue echado del país por el presidente Cárdenas. Tres sexenios quería Salinas, no más. Presidente de la república a los cuarenta años, buscaba controlar la política hasta los sesenta.

3.- Cuando decidió la candidatura presidencial por Colosio, Salinas enfrentó la irritación de Manuel Camacho, su operador político de siempre, su hermano, su cómplice, su aliado. Asesores de Camacho contaron la conversación de Camacho con Salinas después del *destape* de Colosio. Camacho --el politólogo de altos vuelos-- quería saber nada más por qué no había sido él el candidato. Salinas le respondió, palabras más, palabras menos, que representaba un proyecto diferente al de Salinas, que no garantizaba el modelo de globalización y que repudiaba al equipo de tecnócratas del salinismo. Camacho representaba la parte del proyecto político de contención de Salinas, pero el propio Camacho tenía su propio escenario: operar la transición del régimen autoritario priísta a uno más cercano a la democracia, con distensión y apertura real, aunque a condición de acotar la globalización. Si Salinas hubiera tenido un escenario solamente sexenal, el sucesor habría sido Camacho. Pero Camacho no iba a permitir la intromisión de Salinas.

De ahí que el punto central de la biografía del poder de Carlos Salinas sea justamente la lógica del poder. Ciertamente que casi todos los presidentes de la república ansían ejercer el poder más allá de su sexenio --hasta el general

Lázaro Cárdenas hizo algunos movimientos para acotar a los presidentes posteriores a su sexenio--, pero pocos han vivido para conseguirlo. De ahí que las maniobras políticas de Salinas a partir del 2000 tengan poco que ver con la reivindicación de su deteriorada figura política y estén centrados más que todo en el ejercicio del poder. Santa Anna se conformó con ser el siempre llamado, Juárez liquidó a sus adversarios, Díaz se aferró al poder y Obregón sólo iba a dejar la presidencia a su muerte. Salinas, con más parecidos a Obregón, siempre justificó su ambición de poder con el argumento de vigilar la consolidación de su proyecto de desarrollo: el tratado de comercio libre con los Estados Unidos, la globalización de la economía mexicana y la derrota histórica del populismo.

En este contexto, el perfil psicológico de Salinas es el de un sobreviviente. Su capacidad de lucha no le ha hecho perder sus objetivos. Luego de su caída política y su exilio, regresó a la política sin resentimientos exteriores, aunque sí con su lista negra de enemigos. El objetivo de volver a asumir alguna especie de poder lo ha hecho, sin duda, rejuvenecer o al menos recobrar la seguridad personal que en el pasado lo hacían superar sus limitaciones físicas, sobre todo su tamaño. Nunca fue más feliz Salinas que cuando vio la portada de la revista *Newsweek* con un titular sugerente: “Salinas, asesino de gigantes”. La nota se refería a una de las primeras grandes

decisiones de Salinas: la aprehensión del poderoso líder sindical Joaquín Hernández Galicia *La Quina*. Y luego vendría la sustitución de otro poderoso líder sindical: Carlos Jongitud Barrios, dirigente del sindicato magisterial de más de un millón de maestros. A Salinas le satisfizo lo de gigantes. Y más por el uso malicioso que hicieron algunos adversarios de su apodo en el gobierno de De la Madrid: la *hormiga atómica*.

Salinas se destacó por su carácter y la firmeza de sus objetivos. Y así transcurrió en cuando menos tres fases:

1.-El asesinato de Luis Donaldo Colosio ocurrió en uno de los peores años del país desde 1968: el alzamiento guerrillero zapatista y su apoyo social, el secuestro del banquero Alfredo Harp Helú y los enojos de Salinas con la campaña de Colosio por su acercamiento a Cuauhtémoc Cárdenas y a los disidentes del salinismo. A partir del crimen en Lomas Taurinas, Salinas perdió la seguridad política, no pudo remontar el ambiente social que le acreditaba el asesinato, perdió el control de su gabinete. Sus dos operadores principales se alejaron: Camacho había dejado la cancillería para hacerse cargo de la negociación con el EZLN, pero dejando el ambiente a su favor como candidato sustituto o candidato independiente, y Joseph-Marie Córdoba Montoya insistía en fortalecer a Zedillo. Demasiado tarde se percató Salinas que había perdido su sucesión y que él no iba a poner presidente. El candidato

sustituto Zedillo era de Córdoba. Había una doble derrota: el asesinato de Colosio y el ascenso de Zedillo. A Salinas le advirtieron la desconfianza en Zedillo pero prefirió creerle a Córdoba. A finales de febrero de 1995 Zedillo encarceló a Raúl Salinas más con el mensaje de romper con la complicidad del asesinato de Colosio que por un acto de justicia.

2.- En 1995, desconcertado por la aprehensión de su hermano Raúl por acusaciones de la autoría intelectual del asesinato del político José Francisco Ruiz Massieu, Salinas perdió la figura política, voló a Monterrey y se apersonó en la casa de una familia amiga beneficiaria del Programa de Solidaridad. Ahí, junto a una botella de agua *Evian*, cuya importación simbolizaba el comercio libre, Salinas anunció una huelga de hambre. Era un Salinas fuera de foco, un hombre sin poder, un desesperado. La imagen de un Salinas sonriente, ataviado con una chamarra con cuello de borrega, hablando incoherencias, pero sin encarar directamente al gobierno de Ernesto Zedillo, era la de la derrota. Nadie daba un centavo por él. El asesino político de gigantes había sido lastimado, sin tocarle directamente, por un Zedillo pequeño.

3.- En 1998 la revista *Milenio* publicó la fotografía de un Salinas derrotado, avejentado, inútil: cansino, con gorra por el frío dublinés, sostenido por su esposa como se conduce a un anciano. Perseguido por la estructura de

poder de Zedillo, acosado públicamente cada visita a México, víctima del autoritarismo del sistema que él mismo había disfrutado y ejercido contra sus adversarios. Santa Anna murió casi enloquecido llamando a la rebelión, Juárez falleció con el poder aferrado, Díaz viajó a París y ahí perdió fuerzas y Obregón fue liquidado en La Bombilla. Esa fotografía de Salinas tenía dos interpretaciones: un mensaje de paz a Zedillo para mostrarle la derrota finalmente aceptada de un todopoderoso y evidenciando el fin político del salinismo o una maniobra de distracción para contener los ataques de Zedillo a Salinas a la espera del final del sexenio. De poco sirvió: Zedillo acosó a Salinas hasta el final de su sexenio y terminó con la difusión de una grabación ilegal y clandestina de una conversación de Adriana Salinas con Raúl Salinas, éste enclaustrado en un reclusorio.

Salinas parecía la síntesis de la derrotada ambición de poder. Pero tenía a su favor una impresionante red de relaciones internacionales de poder, sobre todo con Bush padre. Y a ella se acogió. En apenas dos años rehízo su fuerza, escribió su libro *Un difícil paso a la modernidad*, aunque esperó a la salida de Zedillo del poder para publicarlo, y regresó a la política... y al poder.

Nacido en 1948, Salinas ingresó a la administración pública a comienzos de los setenta con la recomendación de Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda de los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz y precandidato presidencial derrotado por Luis Echeverría en 1969. A mediados de los setenta tuvo un cargo de director de área y ahí le tocó la devaluación de Echeverría en 1976. Salinas trabajaba y estudiaba su maestría y luego doctorado en Harvard. En Hacienda quedó bajo el área de Miguel de la Madrid, entonces subsecretario de Ingresos de Hacienda. En 1979 De la Madrid llegó a la titularidad Secretaría de Programación y Presupuesto y designó a Carlos Salinas como director de Política Económica y Social, pero con una jerarquía real mayor y de dependencia directa del secretario. Ahí comenzó Salinas su carrera presidencial: con Córdoba, Camacho y Rogelio Montemayor Seguy, Salinas se hizo cargo de la elaboración del Plan Global de Desarrollo 1980-1982 y el documento deslumbró al presidente López Portillo. Ya habían fracasado con el documento Carlos Tello y Ricardo García Sainz. Con el PGD se coló De la Madrid a la sucesión presidencial, cuando su objetivo era la gubernatura de Colima. Salinas fue luego director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI (Iepes) y de ahí operó la campaña presidencial de De la Madrid en 1981 y 1982. Como presidente de la

república, De la Madrid designó a Salinas como secretario de Programación y Presupuesto en diciembre de 1982.

Los análisis de la biografía política de Salinas han ignorado justamente esa continuidad. Las definiciones neoliberales del gobierno de Salinas y los fundamentos de política económica y comercial del Tratado de Comercio Libre --mal traducido del inglés al castellano como Tratado de Libre Comercio-- no fueron inventados en 1990, al calor de los cambios mundiales propiciados por el desmoronamiento del Muro de Berlín. Vienen justamente del gobierno de De la Madrid. Entre las decisiones de corto plazo para contener, estabilizar y disminuir la crisis financiera provocada por el populismo de 1970-1982, Salinas definió el cambio de compromisos y objetivos del Estado en el PGD. Ahí quedó claro el fin histórico del modelo de la revolución mexicana y la definición de uno nuevo. Con un manejo hábil del lenguaje político priísta, De la Madrid y Salinas comenzaron el gran viraje de pensamiento económico del Estado al mercado: liberalización comercial, inflación del lado de la demanda, disminución de las empresas paraestatales, disminución de compromisos del Estado y entronización del mercado. En la presidencia, Salinas recogió lo sembrado.

Salinas se colocó en un espacio fundamental de la política y el Estado a partir de 1979. Llegó a la candidatura presidencial en 1987, en medio de

disputas crecientes y graves por el poder con Manuel Bartlett y con los políticos desplazados del PRI. Gobernó para un sexenio pero buscó un *maximato* imposible. En 1998 parecía derrotado, según la fotografía en *Milenio*, pero en el 2000 regresó con fuerza. Se alió con Vicente Fox, aprovechó la pérdida de liderazgo en el PRI por la derrota presidencial del 2000 y la desaparición de Zedillo como ex presidente fuerte en el sistema priísta y comenzó a tejer sus alianzas con los grupos desarticulados. No pudo controlar a Roberto Madrazo pero fortaleció a Elba Esther Gordillo. Azuzó el fantasma del populismo de López Obrador y en ese escenario fortaleció su proyecto de globalización como el único viable.

En un vacío de poder en el PRI, la figura de Salinas consolidó poder y fuerza. Y lo ha hecho con astucia, sin aparecer públicamente, sin comprometerse con ninguna camarilla, insistiendo en que el único camino de regreso del PRI a la presidencia no pasa por las mafias sino por la reactivación del modelo de desarrollo salinista. Y se trata de un verdadero proyecto que se puede resumir:

El ciclo salinista tiene cuando menos tres periodos:

- 1.- El de reformulación del modelo económico, que comenzó con el Plan Global de Desarrollo de 1980 y terminó con la crisis

devaluatoria de 1985. Este periodo fue marcado por el replanteamiento de las bases ideológicas, históricas y partidistas de los gobiernos priístas. Agotó entonces el Estado populista y sentó las bases de la *salnastroika*: la reorganización productiva basada en el sector privado.

2.- El de la modernización económica y productiva. Arrancó con la venta de paraestatales, la redefinición de empresas prioritarias y el reordenamiento presupuestal y terminó con el Tratado de Libre Comercio en 1993. En estos años ganó la carrera el mercado y el Estado se redujo a su mínima expresión.

3.- El de la despriización. Este periodo conflictivo inició en febrero de 1987 con la XII asamblea del PRI que operó Salinas para subordinar al PRI al nuevo modelo económico y de pensamiento neoliberal de desarrollo y terminó en marzo de 1994 con el asesinato de Luis Donaldo Colosio. La derrota presidencial del PRI en julio del 2000 fue sólo de trámite. Este periodo estuvo marcado por la inestabilidad y los crímenes políticos.

Salinas había formado parte de los cuadros técnicos del priísmo educado en el extranjero. Es decir, Salinas fue hijo del Estado de bienestar populista del PRI en el poder. En 1980, Salinas tuvo una interesante polémica con el entonces crítico Luis Pazos por el Plan

Global. Salinas, como era de esperarse, defendió el Estado priísta. Sin embargo, años después Salinas fue el liquidador del Estado de bienestar.

En su vida pública, Salinas tuvo dos puntos de inflexión:

1.- En 1989, antes de la caída del Muro de Berlín, Salinas viajó a la Unión Soviética y conversó con Mijail Gorbachov y en el camino de regreso se entrevistó con el presidencial socialista francés Francois Mitterrand. De esas pláticas salió cambiado. Regresó a México a replantear el modelo de desarrollo y al comenzar 1990 inició las negociaciones secretas del tratado comercial con EU. El TLC significó el viraje histórico del modelo social, político, ideológico, productivo y de desarrollo de México.

2.- En 1991 ocurrió un giro personal: como resultado de las elecciones en las que Salinas recuperó casi todo lo perdido y con la popularidad recuperada con el Pronasol como programa de proyección personal, Salinas cayó en las tentaciones reeleccionistas. Y cuando las condiciones políticas del país mandaron el mensaje de que no habría ninguna posibilidad de quedarse en la presidencia --“¡uno, dos, tres, Salinas otra vez!”, era el grito de los pronasoleros--, el proceso de sucesión presidencial quedó contaminado. La lucha por el poder político llegó al largo ciclo de inestabilidad que comenzó con el asesinato del

cardenal Posadas Ocampo en mayo de 1993 y terminó el 20 de diciembre de 1994 con la macrodevaluación del peso.

Salinas se presenta como la última oportunidad del PRI para regresar a la presidencia de la república, aunque al final el grave problema del PRI no es en su experiencia para gobernar --que se hundió en la corrupción-- ni su cohesión como clase política, sino la conformación de sus liderazgos. Salinas pudo meterse en el ánimo social cuando llegó al poder con el apoyo del PRI, pero para modificar al PRI y relevar sus cuadros. Sin embargo, el asesinato de Colosio, la decisión de Zedillo de apoyar la alternancia y la lucha por el poder entre las mafias priístas han derivado en el regreso de los cuadros políticos del viejo PRI, incompatibles con cualquier discurso modernizador.

La tarea de Salinas será impedir la confrontación populista PRI-AMLO por una base social que vota sólo cuando ve los beneficios en el corto plazo. Si el PRI llega al 2012 con el mismo discurso populista de López Obrador, el voto se va a dividir y beneficiará al PAN. Por eso Salinas escribió su segundo libro: *La Década Perdida 1995-2006 Neoliberalismo y Populismo en México*,

donde confronta su proyecto en el PRI con el de López Obrador. Los ataques de Salinas a López Obrador son políticos y tratan de encasillar al tabasqueño en el rincón populista, aunque en el gobierno del DF no haya modificado el rumbo neoliberal.

Lo que viene es el debate dentro del PRI. Pero las experiencias revelan que los priístas son más bien pragmáticos, con un discurso político para ganar votos pero un realismo impresionante a la hora de las reformas para la sobrevivencia. Los mismos priístas que hoy deslizan algunas críticas contras Salinas fueron los mismos que aceptaron las cinco grandes reformas ideológicas de Salinas: el fin de la revolución mexicana, la derrota del Estado, el reconocimiento a la iglesia católica, la privatización del ejido y la alianza con el adversario histórico, los Estados Unidos, que la cultura priísta siempre caracterizó como la potencia que le robó a México la mitad de su territorio.

Carlos Salinas es un político. Y los políticos viven del poder, no de los sentimientos. Por eso pudo llegar a la presidencia, logró resistir la ofensiva del poder y revivir su propuesta de desarrollo. Así que habrá Salinas para rato.